

ALTAR DE ADORACIÓN

La restauración no comienza con el fuego. Comienza cuando Dios vuelve a ocupar el centro.

TEXTO BASE 1 Reyes 18:39-40

Cuando Dios deja de ser el centro

1 Reyes 18 nos sitúa en uno de los momentos más oscuros de Israel. Después de Salomón, el reino se dividió y una fractura política terminó convirtiéndose también en una fractura espiritual. Bajo Acab y la influencia de Jezabel, los altares de Baal y Asera ocuparon un lugar creciente en la vida del pueblo. Entonces llegó la sequía: tres años sin lluvia, sin cosechas, viendo morir la tierra. Pero la verdadera sequía no estaba solamente en el suelo; estaba en el corazón.

La idolatría rara vez comienza de forma espectacular. Empieza cuando algo recibe el lugar que sólo Dios debía ocupar. Dinero, éxito, trabajo, orgullo, redes sociales e incluso el ministerio pueden transformarse en ídolos cuando dejan de ser herramientas y se convierten en el centro. La pregunta no es si tenemos algo valioso, sino qué ocupa el primer lugar.

La idolatría divide y también seca

El pecado nunca permanece pequeño. Lo que parece una concesión termina avanzando sobre otras áreas de la vida. Por eso, cuando Cristo deja de ser el centro, comienzan las divisiones: se debilita la comunión con Dios, se fragmenta el corazón y la adoración pierde su dirección.

La sequía de Israel también tenía un mensaje: Baal era presentado como dios de la lluvia, pero el Señor demostraría quién tenía realmente autoridad sobre el cielo. De la misma manera, existe una sequía espiritual que puede esconderse detrás de mucha actividad. Se puede cantar, servir y asistir, y aun así haber perdido la intimidad. Una iglesia puede tener movimiento sin vida; puede tener música sin presencia; puede tener actividades sin dependencia del Espíritu Santo.

Antes del fuego, el altar

La buena noticia del relato es que Dios no abandona a Israel. Después de tres años envía a Elías, porque el juicio no era el propósito final: Dios estaba abriendo un camino de restauración. Y Elías no comienza pidiendo fuego. Primero repara «el altar de Jehová que estaba arruinado».

El altar estaba roto, no Dios. El poder de la presencia no había disminuido; el pueblo había perdido el lugar del encuentro. Esa imagen sigue confrontándonos. A veces queremos fuego sin altar, milagros sin consagración, avivamiento sin arrepentimiento. Pero la restauración comienza volviendo a la intimidad, a la oración y a la búsqueda sincera del Señor.

Antes de tomar las piedras, Elías dice: «Acercaos a mí». Ese orden importa. Dios invita y el pueblo responde. Luego Elías toma doce piedras. Aunque políticamente existían dos reinos, esas doce piedras recuerdan la identidad completa del pueblo de Dios. El Señor no estaba restaurando solamente una ceremonia: estaba llamando a Israel a volver a su diseño, su unidad y su pertenencia.

El fuego no es el final

Cuando cae el fuego, el pueblo reconoce al Señor. Sin embargo, el relato no termina en la experiencia. Después viene una ruptura radical con la idolatría. El mensaje espiritual es claro: no basta experimentar a Dios si seguimos alimentando aquello que desplazó a Dios del centro.

La restauración siempre implica renuncia. No porque Dios disfrute quitándonos cosas, sino porque quiere devolvernos la vida. No podemos reconstruir el altar y conservar a Baal en el corazón. Hay hábitos, lealtades y prioridades que deben perder su trono para que Cristo vuelva a ocupar el primer lugar.

Y después, la lluvia

Sólo después de restaurar el altar, responder al fuego y apartarse de los ídolos aparece la pequeña nube. La lluvia vuelve. La tierra recupera vida. La historia termina recordándonos que la bendición no dependía del poder personal de Elías, sino de un pueblo que fue llamado a colocar nuevamente a Dios en el centro.

Conclusión · ¿Cómo está tu altar?

Quizá también nosotros llegamos buscando que Dios envíe fuego: una respuesta, un milagro, una experiencia nueva. Pero tal vez la pregunta de Dios es anterior: «¿Cómo está tu altar?».

¿Qué piedra falta? ¿Qué espacio de intimidad se rompió? ¿Qué ídolo sigue ocupando el lugar que sólo Cristo merece? La invitación no es a fingir perfección, sino a acercarnos y reconstruir. Cuando el altar vuelve a levantarse, la adoración recupera su centro y la vida vuelve a encontrar su fuente.

Haz de esta una oración sencilla: «Señor, vuelve a ocupar el primer lugar en mi vida».

PARA MEDITAR